

Acomodándose el fustán

MARCO AURELIO CARBALLO

Mamá cuervo debe sentirse afortunada, Tere, si hay un músico en la familia. Pero también creo que se le abren muchas interrogantes cuando un hijo llega y dice, mami, quiero tocar, dominar el cajón peruano. Quién sabe qué sea eso, lo cual sólo demuestra la ignorancia musical en la que me debato. Uno que tuvo la oportunidad de ser arrullado con canciones de Cri-cri, a salvo del paludismo y de no sé cuántas otras enfermedades en la costa de la selva. Esto podría ser una confesión cursi al grado que he sentido ganas de oprimir la flecha de regreso para aniquilar la frase. Pero ¿sirvió de algo oír a Cri-cri? Debiera responder que sí, en caso de que la música fuera como la lectura, pasar de lo sencillo a lo complejo. Esto es, si Walt Disney te lleva a Balzac y a Kafka y a Dostoievsky, ¿por qué don Cri-cri no va a llevarte a Mozart y a Haydn y a Stravinsky, pasando por Paco Chanona, por Elvis y por Sinatra? Ahora, en cuanto a instrumentos, soy el doble de ignorante. Cuando alguien dijo que el teclado de la marimba era parecido al del piano, dije, es cierto pero pesan mucho.

Si para cargar una marimba se necesitan dos o tres músicos de hombros poderosos, ¿cuántos se necesitan para cargar un piano? Los Strauss, padre e hijos, no cargaron ninguno y tampoco Beethoven ni Eddy Duchin. Pero he tratado de calcular el peso por aquel viejo chiste de que cualquiera toca el cilindro pero no cualquiera lo carga. Incluso en Casa Blanca el piano del bar de Rick Blaine tiene ruedas, lo que me intriga. ¿Por qué no ponérselas a la marimba o al cilindro? Así ellos guardarían energías para tocarla mejor o para darle vueltas a la manivela.

Pero ¿tiene importancia eso? Son dudas de un tipo a quien su padre (pudo ser porro) le compró una marimbita y contrató a dos o tres profesores que llegaban a casa en Barrio Nuevo a darle clases, luego de la comida. Una monserga. Tedioso. Me sentía como un molusco recibiendo la descarga completa de un limón verde. A pesar de que podía llevar el instrumento bajo el brazo de un lado a otro, como el tololoche. A esa edad lo único de que era consciente es que “no” quería aprender a tocar marimba y menos a la hora que la Plebe del barrio jugaba beis y yo estaba perdiéndome el partido. Claro, no había escuchado a Elvis quien me catapultó hacia ese mundo formidable. De la adolescencia a la decrepitud pasé por casi todo lo pop e hice incursiones en la música culta,

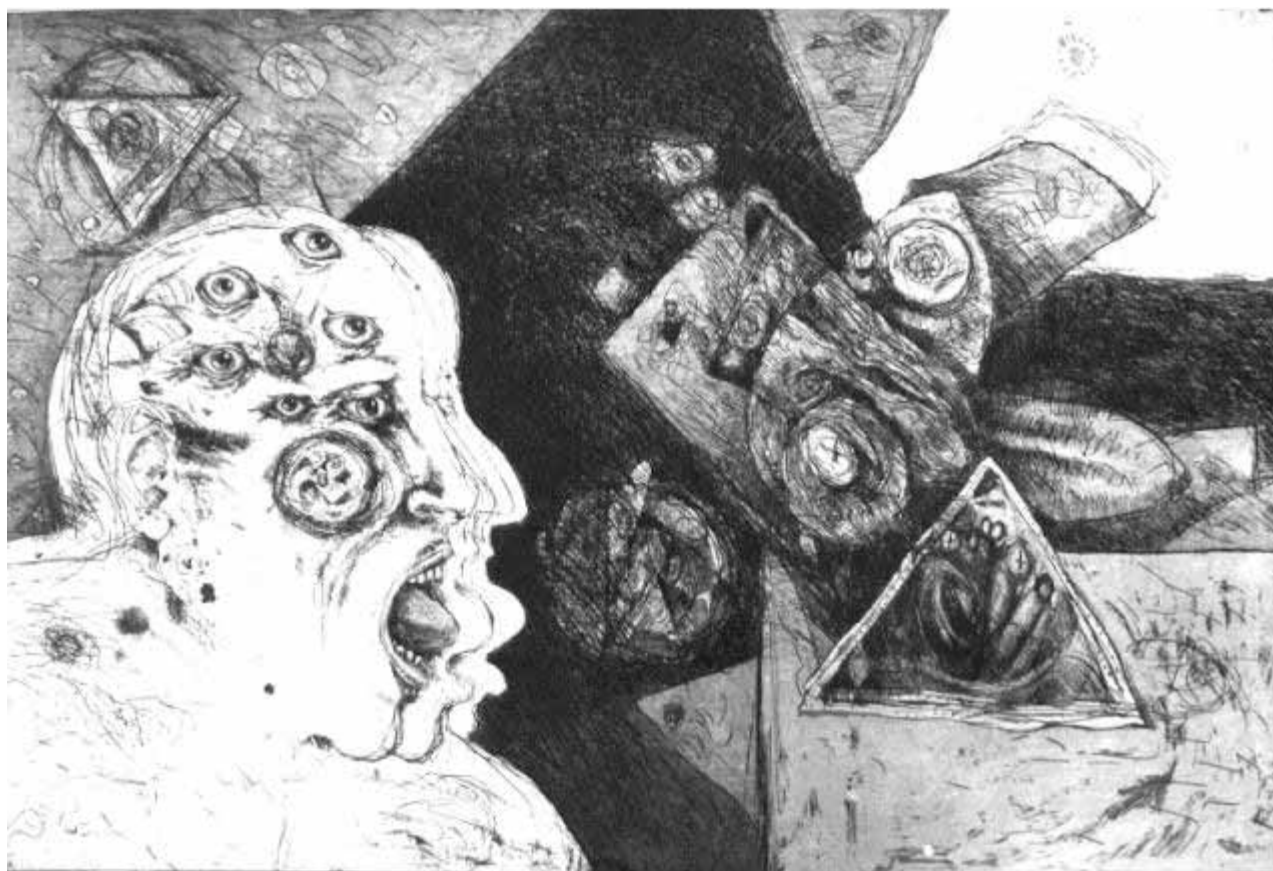
igual gracias al porro en potencia de la marimba. Porque también él llevó a casa unos discos de música italiana y francesa. Así que cuando años después escuché a Mozart y al empalagoso de Vivaldi díjeme que me dije, zambomba, creo que la música sinfónica suscita emociones profundas.

Supongo que nomás con tener vivencias, con vivir, se da en nosotros una evolución insoslayable. No hay que ser muy inteligente. Así es como creo que se pasa de lector de historias a creador o recreador de historias. Si te gusta la música de tal manera que te inunde y domine pues el siguiente paso será interpretarla. Pero si además llegas a crear unos acordes aceptables entras entonces a otro rango, al de los espíritus distinguidos. Ahora que si te quedas sólo en disfrutarla no está del todo mal, supongo.

Por eso cuando estuve en el colegio de bachilleres de Cacahoatán dízque para dar una charla y una chica de tobilleras me preguntó qué hubiera gustado ser de no haber sido

reportero y narrador, le contesté que compositor y cantante de rock. Ella se desconcertó y también sus compañeros, pero más el alcalde y el director del colegio. Luego, bien bolo, me pregunté pues ¿qué esperaban?, ¿que les dijera presidente de la república, diputado? Tampoco me asombró que García Márquez declarara que el mejor poeta de México era Armando Manzanero. ¿Te imaginas escribir “Juan Charraqueado” y que todo el país la cante por los siglos de los siglos?, ¿o “Canción mixteca”? Poemas con música.

Si en la próxima vida fuera mujer, Tere Gálvez de Ríos, como luego dicen que sucede, esta vez hombre y la siguiente mujer, me gustaría engendrar un hijo que llegara y me dijera, ¿sabes qué mamá?, te voy a cantar “El cóndor pasa” con el cajón peruano, o “Marinera limeña”. (Ya supe, el cajón peruano es como una bocina de estéreo). Entonces, me llevaría la mano a la cintura, acaso como María Félix en El peñón de las ánimas, me acomodaría el fustán y le



Antonio Ledesma

diría, a ver, hijo de mis entrañas, venga, percútele como debe ser.

Bolo no vale

De nuevo sentí críspame cuando JF dijo que toda la vida me había burlado de él. Lo primero que hice fue negarlo, mas ¿era cierto? Él insistió diciendo que toda la vida. Mi amigo lloraba y casi le hago segunda como otras veces. Muchas, cuando bebíamos seis espumosas siendo estudiantes pobretones en el DF. Ricachón él, trasegábamos ya jaiboles nada pálidos.

Ahora iba dispuesto a sortear la trampa. Buscaba decirle que había descubierto, porque evolucioné, el motivo de mis respuestas burlonas de adolescente, irónicas de adulto. Los sarcasmos son armas de ataque, pero tienen otro uso. Al evolucionar, supe también que yo no era intelectual sino emocional y sentimental. De ahí mi dureza.

Nos habíamos reunido para desayunar con ex compañeros de prepa. JF llegó con su encantadora esposa, hijos, nueras y nietos. Dijo que había ido porque iba a estar yo, y que dos o tres compas eran aburridos. Antes de las doce meridiano, él cambió de cerveza a whisky. De pronto dijo que yo había borrado de un brochazo nuestra amistad al saber que le llamé por teléfono por un error al marcar.

Sentí el compromiso de quedarme luego de que todo mundo se despidió. JF había pagado la cuenta. Era un empresario triunfador como lo eran nuestros compañeros. Todos ellos profesionistas, menos JF y yo.

JF recordó pasajes de la colonia Obrera (su familia los había oído varias veces) por la presencia de una compañera suya de secundaria con quien abandonamos el Niko para “seguirla” en Los Almendros. Yo había esperado las doce m. para iniciar el trasiego.

Tras varios whiskies “derechos”, JF entremezclaba elogios con crítica. Los elogios me incomodaron. Lo juro. Dijo que debía escribir como platicaba y explotar mi humor negro. Como era rebuscado en mis libros, él no había entendido mi

relato “La tarde anaranjada” (1976). Aunque su esposa dijera que ella sí lo entendió. Aparte me gustaba corregir a los demás. ¿Ejemplo? Decía beber y no tomar...

Logré hacer comentarios sobre el oficio. Cuando treinta años atrás me acusó de rebuscado, descubrí que le pegaba a la tecla como podía no como quería. Así que me propuse acabar con mi barroquismo, que no rebuscamiento. Callé esta precisión para que no se sintiera corregido. Al salir de la adolescencia supe que los puristas eran los fascistas del lenguaje, dije. Luego de papá, conocí a una veintena de fascistas entre los reporteros. No quería ser uno de ellos.

Conforme he podido, cuando republico mis textos, les quito lo barroco. Si él releía “La tarde anaranjada” iba a entenderlo ahora. No pensaba releerlo, grznó. Tampoco leerme nada porque siempre escribía “de lo mismo”. Al perderse mis seis novelas (je je), cinco libros de cuentos y quinientas crónicas, se negaba a darme el beneficio de la duda. Menos aceptó que escribiera para mí mismo y para los amigos. En eso estaba yo peor, dijo basado quién sabe en qué argumentos.

Mi amigo logró emocionarme cuando contó que le había llevado a los perredistas camisetas y tamales chiapanecos los días del desafuero a López Obrador. Ahora, en el plantón del voto por voto, hizo lo mismo.

Me quería mucho, dijo en el baño, pero continuaba burlándome de él. Lo dejé hablar hasta el cansancio ya que se negaba a escucharme. Cuando le extendí mi pañuelo, hizo aspavientos como atacado por un escuadrón de zancudos feroces. Aproveché para decirle que ya sabía el porqué de los sarcasmos y que estaba en sus manos cambiar la situación. A base de escribir el mismo libro, dije, había descubierto una faceta del ser humano ante la cual opté por burlarme y de adulto por el sarcasmo.

Era una parte insoportable de la educación. ¿Judeo-cristiana? Sepa la bola. El despreciable chantaje sentimental. Mi madre había sido una gran chantajista y mis tías y mis hermanas y mis primas. La compañera que estaba ahora con nosotros había actuado así conmigo, aunque hubiéramos cruzado dos palabras en la vida.

No era un recurso de mujeres. También de amigos. De papá no. Papá actuaba como el papá de Leonardo Da Jandra. El autor de Huatulqueños me dijo que su padre tenía una frase que hizo recordarme al mío. El papá de Da Jandra decía, ¿para qué hablar si todo puede arreglarse a chingadazos?

La burla primero y las ironías después eran ataques pero también defensa pacífica. Estaba pidiéndole a mis amigos (a tiempo, confiaba) que se abstuvieran de chantajearme, que olvidaran sembrarme sentimientos de culpa.

JF guardó silencio y volvió a su actitud cariñosa. ¿Había sido un mero desahogo? ¿Recordaría mi petición a la mañana siguiente? ¿Era difícil dejar de ser un chantajista de esos? JF solía comentar que yo le dije una frase que ha usado muchas veces: Bolo, no vale. ¿La aplicará esta vez y olvidará mi solicitud?

Tenía un as en la manga. Un chantaje. Resabios de mi mala educación. Dejé de llamarle porque no asistió a la presentación de mi libro Mamá estaba loca y otras turbocrónicas

(Gedisa/Vila). Iba a decírselo sobrio. Él debía saber que los amigos se conocen en esas presentaciones.

Neurosis

En la sala de espera del aeropuerto, busqué un sitio apropiado para leer. Había estado en la tierruca más horas de las acostumbradas. Tres noches. Es decir, regresaba al DF con los nervios de punta debido al trasiego de copas. Había tenido un guateque por la aparición del libro Nueva narrativa del Soconusco. Los cuentos del taller (Coneculta), y otra familiar, pospuesta dos o tres años, es decir, inevitable. Avanzaba con dificultades en la lectura de Son más los que mueren de desamor, novela de Saul Bellow (1915-2005). La letra es pequeña en cuatrocientas trece páginas, pero él es un genio. Cuando menos para mí, con o sin resaca. El taxista con su cháchara impune había impedido que yo leyera.

Acomodado y con el libro en las manos reparé en que detrás de mí un tipo se paseaba gritando por su teléfono celu-



lar. Primero sonreí por el tono melodioso del yucateco. He tenido grandes amigos de ese estado. La mayoría inteligentes. No era el caso. Hablaba de empresas y de facturas y de pedidos. Fue imposible concentrarme. Ese parloteo resulta interesante cuando es familiar y hay conflicto. He oído a gran variedad de personas desgañitándose en el Metro, en la calle, en el restaurante, en los microbuses. ¡En los retretes! Son detestables por aburridos los empresarios y los comerciantes. Excepto el cacique de la mezclilla. ¿Por qué tienes que escuchar la mitad de un diálogo cuyo tema fastidia? Si ya le prohibieron la manteca a los obesos en Estados Unidos (único país donde los pobres son gordos), ¿cuándo reglamentarán el uso del teléfono móvil en público?

Cerré el libro y saqué mi iPod (vaina o cápsula) de mi mochila y seleccioné los vales. Empecé con Shostakovich (1906-1975). No por mamón, sino porque así como lo ideal para la cruda es medio kilo de nieve de cacahuete de La Irma o champaña con jugo de naranja, en condiciones deplorables no puedes, no debes, escuchar rock o reagan-ton. Reabrí el libro y cinco minutos después una sombra femenina apareció ante mí. A pesar de que oía ya Bombones vieneses, de Strauss (1825-1899), alcancé a escuchar la orden, ¡quítate esos audifonos!, ¡no te enajenes!...

Era Alba Sánchez, paisana a quien conocí en los festines de los compañeros del bachillerato. Ella es profesora y contadora. Cursó la secundaria con mis ex compañeros. Yo no porque me reprobaron en tercero. Es decir su promoción me alcanzó en la prepa mientras ella estudiaba la normal. El yucateco había dejado de gritar memeces y ahora debía ser educado (yo) con Alba Sánchez. De haberla visto me atrinchero tras una columna. No porque ella fuera desagradable, porque si dejo de leer dos horas diarias se me atiza la neurosis. Llevaba tres días leyendo media hora al día.

Alba Sánchez es una viajera despreocupada, colegí. Ha vivido un sexenio en San Luis Potosí y otro en Villahermosa.

Ahora viajó a Tapachula desde el DF para estar una semana y se quedó mes y medio. Esa clase de viajeros me inquieta. Hubiera querido actuar así. Quisiera haber viajado a Nueva York, a Madrid, París, Roma, Florencia, Venecia, Japón, Pekín y quedarme tres años, seis, no una semana. ¿Por qué uno tiene que regresar al punto de partida y ellos no? ¿Será necesario para seguir viajando? ¿Será la condición fundamental del trotamudos? Siempre quise serlo, pero también siempre quise regresar a morir a la tierra, y regreso y no me quedo.

Regresaré hecho cenizas con la confianza de que nadie reclamará cincuenta por ciento de la carga para contaminar el DF. Acabo de leer que Groucho Marx (1890-1977) estableció en su testamento que diez por ciento de sus cenizas fueron para su representante, porcentaje que éste le cobraba por los trabajos conseguidos. Pero como en el tercer mundo carecemos de agentes, dispongo del ciento por ciento.

Nos llamaron a iniciar el vuelo 172. Separados por unas diez filas de asientos, le di a Alba Sánchez, en venganza, un ejemplar de mi mamotreto Vida real del artista inútil (Colibrí). Me había platicado de corrido su vida. Ajusté el cinturón y abrí el libro del Nóbel 1977. Entonces un aeromozo metiche dijo que podía cambiarme de lugar. Fueron cuatro o cinco interrupciones en hora y media de vuelo, en casi novecientos kilómetros de vuelo.

Reencontré a Alba en la plataforma móvil, cuyo maldito uso atrasa la llegada. A su lado había un asiento vacío con el logotipo de inválidos y de embarazadas. Permanecí de pie. Al último entró el aeromozo, tomó asiento en aquel sitio y tras despatarrarse desenfundó el celular. Si no había padecido polio de niño, actuaba como tal. Alba Sánchez bajó el tono de la voz para ¡no perturbar al cretino! Lo imaginé años atrás en el metro, pies arriba de un asiento, haciendo crepitar un envase de plástico. Ya en casa bebí a pausas un jaibol triple. Lo mejor para encauzar el ataque de neurosis rumbo a ya se sabe adónde. Al carajo. 🍷